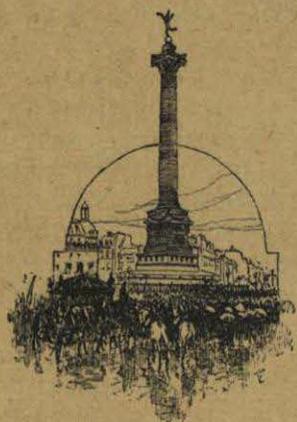


Hemerlingue se abstuvo de contradecir ni protestar.

—Á mi mujer se lo debo... Conqué á ver si haces las paces con ella; porque si no...

—¡Oh! pierde cuidado... El sábado en tu casa... Pero tú me acompañarás á la de Le Merquier.

Y mientras las dos siluetas, la una gigantesca, cuadrada, maciza y baja la otra, desaparecían por las revueltas del gran laberinto; mientras se iba desvaneciendo la voz de Jansoulet que guiaba á su amigo: «Por aquí, querido... Agárrate bien,» detrás de ellos, en el terraplén, un rayo fugaz del sol poniente iluminaba el busto expresivo y colosal, con su ancha frente cobijada por largos y erizados cabellos, con sus labios vigorosos é irónicos, de Balzac que les estaba contemplando...



XX

## LA BARONESA HEMERLINGUE

**E**n el extremo de la prolongada bóveda bajo la cual estaban situadas las oficinas de Hemerlingue é hijo, negro túnel que papá Joyeuse había empavesado é iluminado con sus ensueños durante diez años consecutivos, subía hacia la izquierda una escalera monumental con pasamano de hierro labrado, una escalera del París antiguo, que conducía á los salones de recibo de la baronesa, situados punto por punto encima de la caja y recibiendo

la luz por el patio, de tal suerte que durante los meses calurosos en que se deja todo abierto, el retintín de las monedas de oro, el estrépito de los montones de escudos al derrumbarse por encima de los contadores, ensordecidos por los altos y tupidos cortinajes de las ventanas, constituían un acompañamiento mercantil de las conversaciones susurradas por el catolicismo mundano.

Este pequeño detalle daba idea desde luego de la fisonomía de aquel salón singular, que sazónaba las agitaciones de la Bolsa y los más acabados refinamientos del gran mundo con una especie de olor á sacristía, elementos heterogéneos que se codeaban sin confundirse nunca, como no se confunden nunca, merced á la barrera del Sena, el noble barrio católico bajo cuyos auspicios se había efectuado la estrepitosa conversión de la musulmana, y los barrios financieros donde tenía Hemerlingue su centro y sus conexiones. La sociedad levantina, asaz numerosa en París, compuesta en su mayor parte de judíos alemanes, banqueros ó comisionistas, que después de haber hecho fortunas colosales en Oriente persiguen aquí su negocio para no perder la costumbre, concurría asiduamente á las tertulias de la baronesa. Los tunecinos de paso no dejaban tampoco de ir á ver á la esposa del gran banquero favorito, y el anciano coronel Brahim, encargado de negocios del Bey, con sus labios descaecidos y sus ojos cegajosos, no faltaba ningún sábado á descabezar su siestecita en el rincón del mismo diván.

—Vuestro salón huele á chamusquina, hijita mía, decía sonriendo la anciana princesa de Dions á la nueva María á quien ella y Le Merquier habían llevado á las fuentes bautismales; pero la presencia de aquellos innumerables herejes, judíos, musulmanes y aun renegados de aquellas damas de libras, barrosas, mal perjeñadas, cargadas de oro, piedras preciosas, en fin, la última palabra de lo cursi, no era obstáculo á que el barrio de Saint-Germain acudiese en masa á visitar á su joven catecúmena, verdadero juguete de aquellas nobles señoras, una muñeca flexible, dócil por todo extremo, cuyas inocentadas evangélicas ponían en las nubes, sobre todo por su contraste con lo pasado. Tal vez en el fondo del corazón de aque-

llas amables predicadoras retozaba la esperanza de encontrar en aquel mundo que venía de Oriente, alguna nueva conversión que obtener, la ocasión de llenar otra vez la aristocrática capilla de las Misiones del conmovido espectáculo de uno de esos bautizos de adultos que os transportan á las primeras edades de la fé, allá, orillas del Jordán, y que van seguidas inmediatamente de la primera comunión, de la renovación de votos, de la confirmación, pretextos todos que aprovecha la madrina para acompañar á su ahijada, para guiar aquella alma principiante, y al propio tiempo, para lucir trajes nuevos, adecuados al brillo ó al sentimiento de la ceremonia. Por desgracia, no parecen más que muy de tarde en tarde barones millonarios que traigan á París esclavas armenias de las cuales hayan hecho sus legítimas consortes.

¡Esclava! Mancha indeleble en lo pasado de aquella oriental comprada en el bazar de Andrinópolis por cuenta del emperador de Marruecos, y luégo, á la muerte de éste y dispersión de su harem, vendida al joven bey Ahmed. Recién salida de ese nuevo serrrallo, Hemerlingue la había tomado por esposa, pero sin conseguir en Túnez que la aceptasen por tal, pues ninguna mujer, mora, turca ni europea, se avino á tratar de igual á igual á una ex-sierva, por una preocupación análoga á la que separa á la criolla de la cuarterona más desimulada. Fué aquella una repugnancia invencible de que ni aun en París se vió libre el matrimonio Hemerlingue. Yamina tuvo que pasar dos ó tres años en una soledad completa, llena de despecho, falta de distracción, que supo aprovechar cumplidamente, porque era mujer ambiciosa, de una fuerza, de una obstinación de voluntad extraordinarias. Estudió á fondo la lengua francesa, despidióse para siempre de sus chupas bordadas y de sus calzones de seda color rosa, aprendió á doblegar su talle y sus movimientos al traje europeo, á la molestia de las faldas largas, y de improviso, una noche, en la Ópera, mostró á los parisienses maravillados la silueta, algo salvaje todavía, pero airosa, elegante y original por todo extremo, de una musulmana escotada por Leonard.

Al sacrificio del traje siguió de cerca el de la religión.

Hacia tiempo que la señora de Hemerlingue había renunciado á toda práctica mahometana, cuando Le Merquier, el íntimo de la casa y su cicerone en París, les hizo ver que una conversión solemne de la baronesa les abriría las puertas de esa parte de la sociedad parisiense cuyo acceso parece que se ha ido haciendo más difícil al compás que se ha ido democratizando cuanto la circuye. Una vez conquistado el barrio de Saint-Germain, lo demás era nada. Y efectivamente, cuando tras el estruendo del bautizo, se supo que los nombres más ilustres de Francia no tenían en menos el reunirse en los sábados de la baronesa Hemerlingue, las señoras Gügenheim, Fuernberg, Caraiscaki, Mauricio Trott, esposas todas de millonarios célebres en los mercados de Túnez, renunciando á sus prevenciones, solicitaron la admisión en casa de la antigua sierva. La señora de Jansoulet, que acababa de desembarcar con un equipaje de ideas orientales que privaban por completo en su espfritu, como privaban por completo en su vivienda el *narghilé*, los huevos de avestruz, todos los chirimbolos tunecinos, fué la única en protestar contra aquella falta de carácter, contra aquella inconveniencia, y declaró que ella no pondría nunca los pies en casa de «aquello.» De ahí un conato inmediato de retroceso entre las señoras Gügenheim, Caraiscaki y demás avechuchos de ese tenor, como acontece en París siempre que alguna resistencia obstinada, interpuesta en el camino de regularización de alguna posición irregular, viene á reprochar su transigencia á los transigentes. La baronesa María comprendió perfectamente el cambio, con sólo observar el tono de protección de las levantinas, la altivez un tanto desdeñosa con que la llamaban «hija mía... querida niña.» Á partir de entonces, su odio hacia los Jansoulet no tuvo límites, un odio de serrallo, complicado y feroz, con el ahogamiento y la submersión silenciosa por remate, procedimientos de aplicación algo más difícil en París que á orillas del lago d'El Baheira, pero para los cuales preparaba ya el saco, bien recio, terminado en garrote.

Explicado y conocido ese odio á muerte, fácil es figurarse la sorpresa, la agitación que en aquel pequeño cir-

culo exótico hubo de producir la noticia de que no tan sólo la gruesa Afchin—según la llamaban—consentía en ver á la baronesa, sino que ella en persona iría el próximo sábado á hacerle la primera visita. No hay que decir que ni las Fuernberg ni las Trott quisieron faltar á una fiesta semejante. Por su parte la baronesa hizo cuanto cupo en su mano para dar á aquella solemne reparación todo el brillo posible; escribió, visitó, se manejó tan bien, en una palabra, que á pesar de lo adelantado de la estación, caso de presentarse la señora de Jansoulet á las cuatro de la tarde en el palacio del barrio de Saint-Honoré, podría ver al lado de la discreta librea, color de hoja seca, de la princesa de Dions y de una porción de blasones auténticos, las armas parlantes, pretenciosas, las ruedas multicolores de un sin fin de carruajes financieros, y los gigantescos lacayos empolvados de los Caraiscaki.

Arriba, en los salones de recibo, idéntica mescolanza abigarrada y ostentosa: por un lado trajes oscuros, de modesta apariencia, de un rebuscamiento visible tan sólo para ojos muy expertos, por el otro una primavera alborotada de colores vistosos, trajes opulentos, diamantes á trompones, bandas flotantes, modas de exportación en las cuales se traslucía una especie de anhelo de un clima más cálido y de ostentación lujosa. Acá, abanicos que se movían con estrépito, acullá discretos cuchicheos. Hombres, muy pocos, algunos jóvenes de sanas ideas, mudos, inmóviles, chupando el pomo de sus bastones, dos ó tres figuras de schumaker en pie detrás del ancho espaldar de sus respectivas esposas, hablando con la cabeza baja como si ofreciesen objetos de contrabando; en un rincón, la luenga barba patriarcal, y la muceta morada de un obispo ortoxo de Armenia.

La baronesa, con objeto de anudar aquellas diferencias mundanas y conservar lleno su salón hasta el momento de la famosa entrevista, cambiaba de sitio á cada punto, sostenía diez conversaciones á un tiempo; levantando su voz aterciopelada y armoniosa del diapason arrullador que caracteriza á las orientales, desplegando todos sus recursos de coquetería y de seducción, toda la

flexibilidad de su espíritu y de su talle, abordando toda clase de asuntos, y mezclando, según es de rúbrica, la moda y los sermones de beneficencia, los teatros y las ventanas, la camarera y el confesor. Aquella mujer unía un gran hechizo personal á aquella ciencia aprendida de señora de la casa, ciencia visible aún en su traje sencillo y completamente negro que hacía resaltar su palidez de claustro, sus ojos de hurí, sus cabellos brillantes y partidos en dos bandas lisas sobre una frente estrecha y purísima; una frente cuyo misterio acentuaban unos labios más que delgados, escondiendo á los curiosos el pasado tan accidentado y lleno de peripecias de aquella antigua odalisca que no tenía edad, que ignoraba aun la fecha de su nacimiento y ni de haber sido niña se acordaba.

Indudablemente, si hay alma humana capaz de la ruindad absoluta, tan rara entre las mujeres á las cuales su temperamento impresionable arrastra en tan diversas direcciones, había de ser sin duda el alma de aquella sirva acostumbrada á toda suerte de concesiones y de bajezas, rebelde pero paciente, y dueña completa de sí misma como todas las que ha acostumbrado á mentir sin peligro el hábito de un velo caído ante los ojos.

Nadie imaginara la zozobra que la devoraba en aquel momento al verla de rodillas al pie de la princesa, una buena mujer de larga fecha y maneras francas, de quien decía á cada paso la Fuernberg: «Esto sí que es una princesa de veras.»

—¡Oh! madrina del alma, no os vayáis aún, os lo suplico.

Y la envolvía en las redes de sus mimos, guardándose bien, por supuesto, de darle á comprender que tenía empeño en que no se fuese hasta la llegada de la señora de Jansoulet á fin de que decorase su triunfo.

—Es que, decía la buena señora señalando al majestuoso armenio, grave y callado, con su rosario de bellotas encima de las rodillas, tengo que acompañar á ese pobre monseñor al *Grand Saint-Christofle* á comprar medallas. Y sin mí no sabría salirse del paso.

—Sí, sí, lo quiero... Es preciso... Dos minutos nada más.

Y la baronesa dirigía una mirada furtiva al antiguo y suntuoso reloj que colgaba de un ángulo del salón.

Eran ya las cinco y la gruesa Afchin no parecía. Las levantinas comenzaban á reirse al amparo de sus abanicos. Por fortuna acababan de servir té, vinos españoles y una porción de pasteles y confituras turcas de un sabor delicioso que sólo allí se encontraban y cuyas recetas, conocidas de la odalisca, se conservan en los serrallos, como en nuestros conventos ciertos secretos de confitería refinada. Eso entretuvo un rato. El gordo Hemerlingue quien, los sábados, dejaba á ratos su despacho para venir á saludar á las señoras, estaba junto á la mesita de servicio bebiendo un vaso de Madera y hablando con Mauricio Trott, bañista que había sido de Said-Bajá, cuando se le acercó, siempre dulce y apacible, su mujer. Sabía él la cólera que debía de esconderse debajo de aquella calma impenetrable, y le preguntó en voz queda, tímidamente:

—¿No ha venido?

—No... Ya veis á qué afrenta me habéis expuesto.

Y sonreía, con los ojos bajos, quitándole con la punta de la uña una migajita de pasta que había quedado en sus largas patillas negras; pero las transparentes aletas de su nariz vibraban con terrible elocuencia.

—¡Oh! vendrá... decía el banquero con la boca llena. Estoy seguro que vendrá...

El crujir de un traje, de una cola desplegada en la vecina pieza hizo volverse rápidamente á la baronesa. Con no escaso regocijo del rincón de los «pulpos» que estaba á la mira, no era la recién venida la que se estaba aguardando.

En nada se parecía á la señorita Afchin aquella rubia alta, elegante, de semblante fatigado, de irreprochable porte, digna por todos conceptos de llevar un nombre tan célebre como el del doctor Jenkins. En dos ó tres meses, la hermosa señora Jenkins había variado, había envejecido mucho. En la vida de la mujer que ha sido joven mucho tiempo, llega un momento, el momento de la señora Jenkins, en que los años que han ido pasando por encima de su cabeza sin desflorarla con la más leve arruga, se inscriben brutalmente todos de una vez con señales indelebles. Ya no se dice al verla: «Qué hermosa está»,

sino «habrá sido muy hermosa...» Y esta cruel manera de hablar en pretérito, de referir á tiempos lejanos lo que era ayer un hecho visible, constituye el primer paso de la vejez y de la anulación, la relegación de los triunfos á la categoría de recuerdos. ¿Era por ventura la decepción de ver aparecer la señora del doctor en lugar de la señora de Jansoulet, ó acaso el descrédito que la muerte del duque de Mora había valido al médico en boga, caía de rechazo sobre la que llevaba su apellido? Algo había de entrambas cosas. Un breve saludo entre dientes, tres ó cuatro palabras á la carrera, y la baronesa volvió á reunirse con el noble batallón que estaba mascullando de lo lindo. El salón se había desperezado bajo la influencia de los vinos de España, pero, se acercaba la hora de poner fin á la tertulia y aun algunos á quienes no interesaba el gran acontecimiento, se disponían ya á salir. Y los Jansoulet no parecían.

De pronto un andar robusto, apresurado, y apareció el Nabab, solo, de levita abrochada, guante y corbata de gala, pero con semblante demudado, mirada hosca, sobreexcitado aún por la terrible escena que acababa de ocurrir.

Su mujer se había negado á ir á casa de Hemerlingue.

Por la mañana, ordenó él á las camareras que tuviesen lista á la señora para las tres, como acostumbraba hacerlo cada vez que tenía que llevarse consigo á la Levantina, la cual, sin fuerza aun para aceptar la responsabilidad más insignificante, dejaba que los demás pensasen, decidiesen y obrasen por cuenta de ella: una vez en marcha, dejábase llevar sin resistencia. Con esta pasividad contaba precisamente el Nabab para llevarla á casa de Hemerlingue. Mas cuando, luego de haber almorzado, Jansoulet, vestido de tiros largos, sudando para meterse en sus guantes, hizo preguntar si la señora tardaría mucho en estar lista, recibió por contestación que la señora no salía. El caso era grave, tan grave, que prescindiendo de todos los recados de criados y de sirvientas que se expedían en sus coloquios conyugales, subió la escalera de cuatro en cuatro y penetró como un huracán en las habitaciones acolchadas de la

Levantina. Estaba ésta en cama todavía, vestida con una de esas holgadas túnicas abiertas, de seda de dos colores, que las moras llaman *djebbas*, y cubierta con un casquillo bordado en oro del cual rebosaban las hebras de su hermosa cabellera negra y abundante, despelotada en torno de su cara de luna lluna que encendían los vapores del reciente almuerzo. Las mangas de la *djebbas*, arrebujadas, dejaban en descubierto dos brazos deformes, descomunales, cuajados de brazaletes, de luegas cadenillas que se arrastraban por encima de un revoltijo de espejuelos, rosarios encarnados, botes de perfumes, pipas microscópicas, petacas, en una palabra, de todo el pueril y fútil aparato de una cama de mora á la hora de levantarse.

Análogo desorden ofrecía el cuarto, lleno de la humedad opiatada y embriagadora de tabaco turco. Varias negras iban y venían retirando poco á poco el café de su señora, la gacela favorita lamfa el fondo de una taza que con su fino hocado iba vertiendo en la alfombra, mientras, sentado á los pies de la cama con encantadora familiaridad, el sombrío Cabassú leía en alta voz á la señora un drama en verso que Cardailhac iba á poner en escena dentro de poco. La levantina estaba asombrada, estupefacta de oír aquella obra.

—Querido, dijo á Jansoulet en su enrevesado acento flamenco, no sé dónde tiene la cabeza nuestro empresario... Esa comedia *Revue*, de que está tan prendado, no se puede aguantar. Esto nunca ha sido de teatro.

Bueno estoy yo para teatros, dijo Jansoulet montado en cólera á pesar de todo su respeto hacia la hija de Afchin. Con que, ¿todavía estáis por vestir?... ¿No os han dicho que habíamos de salir esta tarde?

Efectivamente, se lo habían dicho, pero se había puesto á leer aquella comediota. Y dormitando como siempre:

—Ya saldremos mañana.

—¿Mañana? no es posible... Hemos de ir hoy sin falta... Una visita muy importante.

—¿Y á dónde?

Jansoulet vaciló un momento.

—Á casda e Hemerlingue.

Su mujer le miró con unos ojos de á palmo creyendo que hablaba en broma. Entonces él le refirió su encuentro con el barón en el entierro de Mora y lo que habían convenido.

—Id vos si os place, contestó ella secamente; pero me conocéis muy poco si os figuráis que yo, una Afchin, he de poner los pies en casa de esa esclava.

Cabassú al ver el sesgo que tomaba el debate, se había retirado prudentemente á una pieza vecina con los cinco cuadernos de *Revue* bajo el brazo.

—Vamos; dijo el Nabab á su mujer, veo que conocéis la terrible situación en que me encuentro... Oíd, pues...

Y haciendo caso omiso de las camareras y de las negras, con esa soberana indiferencia del oriental por la servidumbre, púsose á trazar el cuadro de su tremenda crisis: allí la fortuna secuestrada, aquí perdido el crédito, todo su porvenir pendiente del fallo de la Cámara, la influencia de los Hemerlingue para con el abogado ponente, y la ineludible necesidad de sacrificar en aquel momento toda suerte de amor propio á tan vitales intereses. Hablaba con calor á fin de convencerla, de arrastrarla. Pero ella se limitó á contestarle: «No iré», cual si se tratase de un paseo demasiado largo para sus fuerzas.

El, nervioso:

—Vamos, no es posible que digáis esto. Pensad que se trata de mi fortuna, de la suerte de nuestros hijos, del nombre que lleváis... Todo esto depende de ese paso que no podéis negaros á dar.

Hablara así horas enteras y se estrellara siempre en la misma obstinación terca, inquebrantable. Una Afchin no podía visitar á una esclava.

—¡Eh! señora, repuso él violentamente, esa esclava vale más que vos. Con su inteligencia ha decuplicado la fortuna de su marido, al paso que vos...

Doce años llevaban de matrimonio, y era aquella la primera vez que Jansoulet se atrevía á plantar cara á su mujer. ¿Fué vergüenza de ese crimen de lesa majestad, ó comprendió acaso que una frase como aquella iba á abrir un abismo infranqueable? Ello es que al punto cambió de tono, arrodillóse al pie de la cama, con esa ternura risueña que se usa para convencer á los chiquillos:

—Marta mía, te lo ruego... Levántate, vístete... Te lo pido por ti, por tus hijos, por tu propio bienestar... ¿Qué sería de ti si por un capricho, por una tontería como esa, nos encontrásemos reducidos á la miseria?

Esta palabra miseria no significaba nada absolutamente para la Levantina. Se le podía hablar de miseria como se puede hablar de la muerte á los niños. No le hacía mella alguna porque no sabía lo que era. Por lo demás, estaba resuelta á no dejar la *djebba* ni la cama; y para confirmar mejor su decisión, encendió un cigarrillo con la colilla quo acababa de apurar, y mientras el pobre Nabab abrumaba á su «querida mujercita» á excusas, á ruegos, á súplicas, ella se entretenía mirando subir al pintado techo el humo enervante, y envolviéndose en éste como en una calma imperturbable. Al fin, ante aquella negativa á quel mutismo, ante aquella frente en la cual sentía la barra de una terquedad invencible, Jansoulet dió rienda suelta á su furor, é irguiéndose cuan alto era:

—Arriba, dijo, yo lo mando...

Y volviéndose á las negras:

—Vestid á vuestra ama, al momento...

Y sintiendo despertar en aquella crisis violenta toda la grosería escondida en el fondo del hijo del ferrovejero del Mediodía, apartó el cobertor de un tirón brutal y desdenoso, arrojando al suelo los innumerables cachivaches que había encima y obligando á la Levantina semidesnuda á saltar de la cama con una prontitud increíble en persona de tantas libras. Á tal ultraje, lanzó un rugido, arrebujo los pliegues de su dalmática contra su busto prominente, tiró el casquillo dejando caer sueltos sus cabellos, y arremetió de palabra á su marido:

—No iré, tenlo por seguro, no iré, á no ser que me lleves arrastrando á casa de esa...

La inmundicia salía á borbotones de sus labios como de la boca de un común. Jansoulet podía creerse en uno de esos asquerosos lupanares del puerto de Marsella, presenciando una riña entre una ramera y algún *Nervi*, ó bien en alguna disputa al aire libre entre genovesas, maltesas y provenzalas, espigando por el muelle al rededor de los sacos de trigo á la hora de la descarga, é insul-

tándose á cuatro patas entre los torbellinos de polvo. El infeliz la contemplaba azorado, aterrado de oír lo que salía de aquella boca, de ver aquel grotesco figurón enronquecido y echando espumarajos:

—No, no iré... No iré.

¡Y era la madre de sus hijos, una Afchin!

De pronto, á la idea de que su suerte estaba en manos de aquella mujer, de que bastaba para salvarle que ella se vistiese, de que el tiempo pasaba, de que pronto sería tarde, cruzó por su cerebro, descomponiendo su semblante, una ráfaga de crimen. Avanzó hacia ella con las manos abiertas y crispadas, en ademán tan terrible, que la Afchin, azorada, se arrojó, pidiendo socorro, hacia la puerta por la cual había salido el frotador:

—¡Aristides!

Aquel grito, aquella voz, aquella intimidación de su mujer con el subalterno... Jansoulet se detuvo, apagada en un momento su cólera, luego con gesto de asco huyó hacia afuera, arrojando las puertas, con más priesa por librarse del infortunio y del horror que adivinaba en su hogar, que de ir á casa de su amigo en busca del prometido socorro.

Un cuarto de hora después Jansoulet aparecía en los salones de la baronesa, y se le acercaba balbuceando la frase de reglamento que había oído repetir tantas veces la noche de su baile... «Su mujer muy indispuesta... siente en el alma no poder venir...» Ella no le dió tiempo á que acabase, se levantó poco á poco, desenroscóse, como larga y adelgazada culebra, dentro de los ropajes al bies de su ajustado vestido, y dijo, sin mirarle, en tono socarrón: «Ya, ya me lo figuraba...» luego cambió de sitio y ya no no volvió á ocuparse de él.

Al verse solo, trató de acercarse á Hemerlingue, pero éste parecía estar muy ensimismado en su coloquio con Mauricio Trott. Entonces fué á sentarse al lado de la señora Jenkins cuyo aislamiento corría parejas con el suyo. Pero, mientras conversaba con la pobre señora, tan decaída como él preocupado, no apartaba los ojos de la baronesa, contemplando cómo hacía los honores de aquel salón tan confortable en comparación de sus vastos almacenes dorados.

Comenzaba el desfile. La señora de Hemerlingue acompañaba hasta la puerta á algunas de sus visitas, tendía su frente á la anciana princesa; postrábase ante la bendición del obispo armenio, saludaba con una sonrisa á los pollos del bastón encontraba para cada cual, con acabada soltura, el despido adecuado; y el infeliz no podía menos de comparar aquella esclava oriental tan parisiense, que hacía tan buen papel en medio de aquella sociedad la más distinguida del mundo, con la otra de su casa, la europea cebada por el Oriente, embrutecida por el tabaco turco, hinchada de ociosidad. Sus ambiciones, orgullo de esposo quedaban heridos de muerte, humillados en aquella unión cuyos riesgos, cuyo vacío llegaba á ver entonces, última crueldad del destino que hasta el refugio de la felicidad doméstica negaba á sus infortunios públicos.

Poco á poco iba quedando desierto el salón. Las levantinas desfilaban una tras otra, dejando cada vez un hueco inmenso en su sitio. Habíase retirado también la señora Jenkins, y sólo quedaban en el salón dos ó tres señoras desconocidas de Jansoulet, entre las cuales parecía como que se parapetase contra él la dueña de la casa. Pero Hemerlingue estaba libre, y el Nabab le embistió en el momento de escurrirse furtivamente hacia su despacho, Jansoulet salió con él, olvidándose, tal era su turbación, de despedirse de la baronesa; y una vez en la meseta de la escalera, que hacía las veces de recibidor, el gordo Hermelingue, quien, mientras había estado delante de su mujer, se había mantenido muy frío, muy reservado, pareció dar alguna expansión á su semblante.

—Es un mal negocio, dijo en voz queda cual si temiese ser oído, que tu mujer no haya querido venir.

Jansoulet le contestó con un gesto de desesperación y furiosa impotencia.

—Mal negocio... mal negocio... repetía el otro echando bufidos y buscando la llave en el bolsillo.

—Vamos, amiguito, dijo el Nabab cogiéndole una mano, no porque nuestras mujeres no se entiendan, nosotros... Este no es motivo para que dejemos de ser camaradas... ¡Qué buen rato el de la otra tarde, eh?...

—Sí, sí... decía el baron desasiéndose para abrir la

puerta la cual giró sin ruido, mostrando el elevado gabinete, cuya lámpara ardía solitaria delante del enorme sillón desocupado... Vamos, adiós, te dejo... He de despachar el correo.

—*Ya didou, Mouci* (1)... Dijo el pobre Nabab esforzándose en bromear y sirviéndose de la jerga *sabir* para despertar otra vez en la memoria de su viejo compinche los suaves recuerdos avivados la penúltima tarde... Quedamos en lo de la visita á Le Merquier... El cuadro que hemos de ofrecerle, ¿me entiendes?... ¿Qué día te parece?

—¡Ah! sí, Le Merquier... Es verdad... Sí, uno de estos días... Ya te escribiré...

—No lo olvides... ya sabes que es cosa urgente...

—Sí, sí, ya te escribiré... Adiós.

Y el buen hombre cerró la puerta apresuradamente, como por temor de ser sorprendido por su mujer.

Dos días después el Nabab recibía un billete de Hemerlingue, que hacían casi indescifrable sus patitas de mosca complicadas por abreviaturas más ó menos mercantiles á cuyo amparo disimulaba el ex-cantinerero su falta absoluta de ortografía.

*Mi | que | ant | cam. |*

*Decidid | no | pue | acomp | á casa | Le Merq. | Estoy ocup | Adem | estar | mej | sol | para abl | Present | sin cump | Te aguar | C | Cassette, todas las ma | de 8 á 10.*

*Tuyo*

HEM. |

Al pié, por post-data, en caracter muy fino también, pero más limpio, se leía:

«Un cuadro religioso en cuando sea posible.»

¿Qué pensar de aquella carta? ¿Era buena voluntad ó una negativa disimulada? Fuese de ello lo que fuese, no cabía vacilar un punto. El tiempo apremiaba. Jansoulet se decidió á tentar un último esfuerzo, porque Le Merquier le daba mucho miedo, y una mañana se fué resueltamente á su casa.

Nuestro extraño París, así en su población como en sus

(1) Eh, dime, señor.

aspectos, parece un trasunto abreviado del mundo entero. Hay en el Marais callejas angostas, de vetustas puertas bordadas, carcomidas, de ángulos salientes, de balcones con barandillas historiadas que traen á la memoria la antigua Heidelberg. El barrio de Saint-Honoré en su parte ancha al rededor del templo ruso de minaretes blancos y bolas de oro, evoca un barrio de Moscou. Conozco en Montmartre un rincón apiñado y pintoresco que es Argel puro. Entre Neuilly y los Campos Elíseos, las calles, con sus casitas bajas y limpias, su entrada con plancha de latón y el jardincito particular entre la verja y la fachada, son completamente inglesas; al paso que toda la meseta de san Sulpicio, la calle de Ferou, la de Cassette, tranquilas á la sombra de sus robustos torreones, con sus empedrados desiguales, sus puertas con aldabón, parecen arrancadas á la vida provincial y religiosa; Tours ú Orleans, por ejemplo, en el barrio de la Catedral y en el palacio del Prelado, con sus callejas por encima de cuyos paredones laterales asoman frondosos árboles que se mecían al compás de las campanas y de los resposos.

En aquella barriada, cerca del Círculo católico que le acababa de nombrar Presidente honorario, vivía M. Le Merquier, abogado, diputado por Lyon, agente de todas las grandes comunidades de Francia, y á quien Hemerlingue, con una perspicacia un tanto profunda para hombre de sus libras, había confiado los intereses de su casa.

Al llegar, á cosa de las nueve, frente á un caserón antiguo cuya planta baja ocupaba una librería religiosa adormecida en el olor á sacristía y á papel basto para imprimir milagros, Jansoulet penetrado de aquella atmósfera provincial y católica en la cual revivían para él las memorias de un pasado meridional, impresiones de la niñez, intactas y frescas todavía merced á su larga expatriación, y de que el hijo de Francisca no había tenido tiempo ni ocasión de renegar desde su llegada á París. De ahí que se resistiese á creer en la venalidad de un hombre que vivía en un ambiente como aquel. Introducido en el recibidor del abogado, vasto locutorio con cortinillas de muselina almidonada sin más adorno que una hermosa copia del *Cristo muerto* del Tintoreto su in-

certidumbre y su turbación trocáronse en convicción indignada. No era posible. Le habían engañado miserablemente. Había en ello una de esas atrevidas maledicencias á que París da asenso en su ligereza habitual; ó acaso le tendían uno de esos lazos terribles con los cuales no paraba de tropezar desde hacía seis meses. No, aquella conciencia tan renombrada en el Palacio de Justicia y en la Cámara, aquel personaje austero y frío no podía ser tratado como uno de esos bajaés pancisacados, de holgado cinturón, de mangas flotantes tan á propósito para recibir los bolsones de zeques. Tentar para con él aquellos medios de corrupción era exponerse á un fracaso estrepitoso, á la rebelión legítima de la honradez puesta en duda.

Así hablaba el Nabab para consigo mismo, sentado en el banco de nogal que corría al rededor de la pieza bruñido por los hábitos de sarga y el rugoso paño de las sotanas. Á pesar de lo temprano de la hora había mucha gente que aguardaba. Un dominico que paseaba del uno al otro extremo de la sala á largos pasos, figura ascética y serena, dos buenas hermanas, hundidas en los salones de su cofia, curas de la diócesis de Lyon que se daban á conocer por la forma de sus sombreros, y con ellos una porción de sujetos de semblante austero y recogido, instalados al rededor de la gran mesa de madera negra que ocupaba el centro de la habitación y hojeando alguno de esos periódicos edificantes, el *Eco del Purgatorio* el *Rosal de María*, que dan como prima á los suscritores un año de indulgencia pontificia. Algunas palabras en voz queda, toses contenidas, el leve susurro del rezo de las buenas hermanas recordaban á Jansoulet la sensación confusa y remota de las horas de espera en un rincón de la iglesia de su pueblo, en torno al confesonario, cuando se acercaba alguna fiesta solemne.

Por fin llególe el turno, y si alguna duda le hubiese podido quedar acerca de M. Le Merquier, se la disipó por completo aquel extenso despacho sencillo y severo—algo más adornado, sin embargo, que el recibidor—cuyo recinto servía de marco á la austeridad de principios y al enjuto cuerpo del abogado; alto, encorvado, estrecho

de espaldas, metido en un eterno levitón negro corto de mangas y del cual salían dos puños negros, cuadrilongos y aplanados, dos barras de tinta china hieroglificadas de prominentes venas. El rostro del diputado clerical, de ese tinte apagado de lionés enmohecido por el vaho de los dos ríos que le cercan, tenía, sin embargo, cierto vigor de expresión merced á su mirada ambigua, ora relampagueante aunque escondida detrás del cristal de sus anteojos, ora, y con preferencia, viva, suspicaz y negra por encima de los propios anteojos, y oscurecida por la sombra reentrante que proyectan en la arcada de las cejas los ojos levantados y la cabeza gacha.

Después de una acogida casi cordial en comparación con el saludo frío que los dos colegas cambiaban en la Cámara, un «os aguardaba» que podía llevar segunda intención, el abogado señaló al Nabab una butaca vecina al escritorio, arregló algunos papeles diseminados por encima de la mesa, y cruzándose de piernas y ovillándose en su sillón como quien está dispuesto á escuchar, á ser todo oídos, apoyó la barba en la mano, y así quedó, con los ojos fijos en una gran cortina de reps verde que caía hasta el suelo frente por frente á él.

El momento era decisivo, la situación embarazosa. Pero Jansoulet no vaciló. El pobre Nabab tenía, entre otras pretensiones, la de ser un Mora en punto á conocer á los hombres. Y ese buen olfato que, según él, no le había engañado una sola vez, le decía en aquel momento que se encontraba delante de una honradez rígida é inquebrantable, una conciencia de granito, á prueba de piqueta y de pólvora. «¡Mi conciencia!» Varió, pues, repentinamente su progama, dejó á un lado los ardides, las medias palabras en que se atascaba su carácter franco y resuelto, y alta la cabeza, con el corazón en la mano, habló á aquel hombre en el lenguaje que más se avenía con el modo de ser de quien hablaba.

—No os extrañe, querido colega—su voz temblaba, pero muy luego la afianzó la convicción de su defensa—no os extrañe que en vez de reducirme sencillamente á dar explicaciones ante la sección de actas, haya perferido venir aquí á hablaros particularmente. Son de índole tan delicada

da y tan confidencial las explicaciones que he de daros, que me sería imposible hacerlo en un lugar público, ante mis colegas reunidos.

Le Merquier miró la cortina por encima de sus anteojos con aire azorado. Evidentemente la conversación tomaba un giro imprevisto.

—No entraré en el fondo de la cuestión, prosiguió el Nabab... Vuestro dictamen, seguro estoy de ello, es imparcial, es leal, obedece exclusivamente á las inspiraciones de vuestra conciencia. Pero se han echado á volar en contra mía una serie de calumnias miserables y de esto es de lo que vengo á hablaros. Sé la confianza con que os honran vuestros colegas, y que, una vez haya logrado convencerlos á vos, bastará vuestra palabra sin que me vea forzado á publicar mis desventuras en presencia de todo el mundo... Las revelo delante de vos, de vos solo; porque tengo poderosas razones para guardar secreto todo este asunto.

Entonces puso de manifiesto al abogado un atestado del cónsul de Túnez, del cual resultaba que en veinte años no había salido de allí más que dos veces, la primera para ir á ver á su padre moribundo en Bourg Saint-Andeol, la segunda para ir á hacer una visita de tres días en compañía del Bey á su quinta de Saint-Romans.

—¿Cómo se explica que teniendo en mi poder un documento tan concluyente no haya llevado á los tribunales á mis detractores para desmentirles y confundirles?... ¡Ah! caballero, hay en las familias crueles solidaridades... Tuve un hermano, un infeliz, mimado y sin carácter, que se arrastró largo tiempo por los lodazales de París, dejando en ellos su inteligencia y su honor... ¿Será verdad que decendió hasta ese grado de abyección que con su nombre se me ha imputado?... No me he atrevido á averiguarlo... Lo único que sé es que mi padre, quien, con respecto á ese punto, sabía de lo sucedido más que ninguno de los de la casa, al morir me dijo al oído: «Bernardo, quien me mata es tu hermano... Hijo mío, muero de vergüenza.»

El Nabab hizo una pausa necesaria para dar tregua á su sollozante emoción, y luégo prosiguió:

—Mi padre murió, M. Le Merquier, pero mi madre vive todavía, y por ella, para su tranquilidad he retrocedido y retrocedo aún ante el estrépito de mi vindicación. Hasta ahora, las manchas que han caído sobre mí no han podido alcanzarla á ella... Esas habillitas no trascienden más allá de ciertos círculos... Pero los tribunales, un proceso, representan nuestra desgracia paseada de un extremo á otro de Francia, los artículos del *Mensajero* reproducidos por todos los periódicos, aun por los de la remota comarca en donde vive mi madre. La calumnia, mi defensa, sus dos hijos cubiertos de ignominia por el mismo golpe, nuestro apellido—único orgullo de la pobre aldeana—manchado por siempre más... Sería demasiado para ella. He aquí porqué he tenido el valor de callarme. Pero necesito que haya alguien que responda de mí ante la cámara. Quiero quitarle á ésta el derecho de rechazarme por motivos deshonorosos, y puesto que os ha elegido para ponente, he venido á contároslo todo como á un confesor, á un sacerdote, suplicándoos que no divulguéis una palabra de esta conversación, ni aun en interés mismo de mi causa.. Es lo único que os pido, querido colega, una discreción absoluta; pero lo que toca á lo demás, lo dejo á vuestra justicia y á vuestra lealtad.

Iba á ponerse en pié y á marcharse, y Le Merquier se mantenía firme en su asiento, interrogando todavía el verde cortinaje frontero cual si buscase en él la inspiración de su respuesta... Pon fin:

—Se hará como deseáis, querido colega... Como si nada me hubiéseis dicho, ni yo hubiese oído nada.

El Nabab, excitado todavía por su arranque que merecía en su entender una respuesta cordial, un fuerte apretón de manos, se sintió presa de extraño malestar. Aquella frialdad, aquella mirada ausente le turbaban de tal suerte que iba ya á tomar la puerta con el torpe saludo de los importunos. Pero el otro le retuvo:

—No os vayáis todavía, querido colega... ¿Tanta prisa lleváis?... Un momento, os lo suplico... Me gusta demasiado hablar con una persona como vos para que os deje partir de esta manera... Tanto más cuanto que media entre vos y yo más de un motivo de afinidad... Sé por

nuestro amigo Hemerlingue que también vos sois muy aficionado á cuadros.

Jansoulet se estremeció. Aquellas dos palabras; «Hemerlingue... Cuadros», apareciendo en la misma frase y tan inopinadamente, hacían revivir en él todas sus dudas, todas sus perplejidades. Con todo no se rindió en seguida, y dejó que Le Merquier apuntase palabra tras palabra, estudiando el terreno por medio de tanteos inseguros... Había oído hablar mucho de la galería de su colega... ¿Sería indiscreto pedir permiso para visitarla?...

—¡Cómo así! Sería para mi demasiado honor, dijo el Nabab herido en la cuerda más sensible, por lo mismo que había sido la más cara, de su vanidad; y mirando á su alrededor las paredes del despacho, añadió en todo de entendido:

—Veo que vos también poseéis algunas obras de lo bueno.

—¡Bah! dijo el otro modestamente... Unas pocas telas... Es tan caro hoy día esto de la pintura... es un gusto que cuesta tanto satisfacer, una verdadera pasión de lujo... Pasión de Nabab, dijo sonriendo y asestándole una mirada furtiva por encima de sus anteojos.

Eran dos jugadores precavidos frente á frente; á bien que Jansoulet se sentía algo violento en aquella situación en que le era indispensable mucha cautela, á él precisamente que no conocía más que los golpes de audacia.

—Cuando pienso, murmuró el abogado, que me cuesta diez años el llenar estas paredes y que todavía me falta llenar todo ese entrepaño...

Con efecto, en el lugar más visible de la elevada pared se veía un espacio vacío, ó mejor, evacuado, porque un grueso clavo dorado cerca del techo marcaba la huella visible, hasta grosera, del lazo tendido al pobre infeliz, quien se dejó caer tontamente en él.

—Querido señor de Le Merquier, dijo en voz melosa y bonachona, precisamente tengo una Virgen del Tintoreto de las dimensiones de vuestro entrepaño...

Era imposible leer cosa alguna en los ojos del abogado, hundidos esta vez detrás de su abrigo de cristal.

—Permitidme que os lo cuelgue allí, frente á vuestro es-

critorio... Así tendréis ocasión de acordaros algunas veces de mí...

—Y de atenuar la severidad de mi dictamen, ¿no es esto caballero? prorrumpió Le Merquier, en pié y formidable, puesta la mano en el timbre... He visto muchas imprudencias durante mi vida, pero ninguna comparable á esta... Ofertas así, á mí, en mi propia casa...

—Pero, querido colega, os juro...

—Acompañadle... dijo el abogado al patibulario que acababa de entrar; y desde el centro de su despacho cuya puerta quedó abierta, delante de todo el locutorio en el cual habían callado todos los Paternosters, disparó contra Jansoulet—quien paraba la espalda y se dirigía á marchas forzadas, balbuceando, hacia la salida—estas centelleantes palabras:

—Al ultrajarme á mí, caballero, habéis ultrajado el honor de toda la Cámara... Hoy mismo lo sabrán todos nuestros colegas; sumarán este cargo á los demás que pesan sobre vos, y así sabréis á costas vuestras que París no es el Oriente, y que aquí no toleramos, como allí, esa compra-venta, ese tráfico vergonzoso con la conciencia humana.

Y luégo de haber arrojado del templo al mercader, el hombre justo volvió á cerrar la puerta, y acercándose á la misteriosa cortina verde dijo en tono que salía almibarado de su fingida cólera:

—¿Es esto, baronesa María?

